

va de tiempo en tiempo sus lechos, los almohaza, los restrega y los lleva á bañar.

—¿De dónde viene pues al hombre este gusto por la limpieza, y por qué toma tanta pena para regenerarse por todas partes? Esto lo veremos otra vez.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Limpieza, salud.
2. No se ponen esencias preciosas en vasos sucios.
3. La limpieza es el lujo de la pobreza.
4. Una cabaña puede ser tan limpia como un palacio.
5. La limpieza atrae, el poco aseo repulsa.
6. Vale más comida frugal en mesa limpia, que comida suntuosa en mesa sucia.
7. La limpieza es el encanto de los ojos; ella embellece la fealdad misma.
8. Faltar á la limpieza es faltar al respeto á nosotros mismos y á los demás hombres.

DIÁLOGO 7º

EL TRABAJO.

PROGRAMA.—*No perder el tiempo.—Obligación del trabajo para todos los hombres.—Nobleza del trabajo manual.*

SUMARIO.—1. *Es el trabajo una necesidad y un deber.*—2. *Dignifica la vida.*—3. *Es la virtud doméstica por excelencia.*—4. *Es condición del progreso.*—5. *Es fuente de felicidad.*—6. *Es auxiliar de la moralidad.*—7. *Es guardián de la salud física y moral.*—8. *Es el mejor remedio para nuestros males.*—9. *El trabajo manual tiene su nobleza.*

—Decidme, amigo mío, ¿cuando se trata á alguno de perezoso, de holgazán, es un elogio el que se le hace?

—No, señor, al contrario.

—Y cuando se dice de un hombre que es activo, laborioso, ¿es una censura?

—No, señor, es un elogio.

—Entonces la actividad es considerada como una cualidad, una virtud, y la pereza como un defecto, como un vicio. Busquemos juntos de dónde viene esta opinión y si reposa sobre un sólido fundamento. Mientras que un niño es pequeño, su padre lo alimenta; pero llegado el momento, le enseña ó le hace aprender un oficio, una profesión; y una vez grande, el niño hace como su padre, gana su vida. Si los padres no se creen ya obligados á alimentar á sus hijos cuando éstos son bastante grandes

para trabajar por sí solos, ¿creeis que los parientes lejanos á las personas extrañas se creerán con el deber de tomarlos á su cargo?

—¡Oh! no, señor. A cada hombre toca ganarse su vida.....

—El trabajo es pues, antes que todo, una necesidad. Si es un deber para todos los hombres venir en auxilio de los desgraciados, de los lisiados, no puede ser un deber para ellos alimentar á los que pueden ganar su vida, y trabajar por los que no hacen nada. ¿Se tiene mucha estimación á las gentes que viven á expensas de los demás, ó como se dice familiarmente, á costa de otro?

—No, señor; no hay consideración para ellos.

—Y se les hace ver. Se les dan nombres poco lisonjeros: se les llama *parásitos*, *pica-platos*, etc. Un hombre verdaderamente digno de este título debe tener como honor, bastarse en primer lugar á sí mismo; es el primer punto. El que trabaja no tiene necesidad de nadie, es independiente. El trabajo hace pues la dignidad de la vida; nos vale la estimación de nuestros semejantes, y nos permite ayudarlos cuando llega la ocasión. Mas si el trabajo conviene á todo hombre que se respeta, aunque, permanezca soltero, ¿qué será si se casa?

—Entonces debe trabajar, no solamente para él, sino también para su familia.

—El trabajo es pues, doblemente obligatorio para los padres; es la virtud doméstica por excelencia; porque no es solo la fuente de las comodidades y de

la fortuna, sino también el mejor medio de educación. ¿Sabeis por qué?

—Porque los niños que ven trabajar á sus padres, toman la costumbre y el gusto por el trabajo.

—Bien; el ejemplo del trabajo es la más eficaz de las lecciones. Forma las buenas familias, las familias prósperas, las familias modelos. ¿Y no pasa con los pueblos lo que con las familias? ¿No es también por el trabajo por lo que los pueblos llegan á la riqueza? ¿por el trabajo que repara sus pérdidas, sus desastres?

—Sí, señor; como la Francia después de la guerra de 1870.

—¿Entre los pueblos no hay unos más ó menos avanzados en la vía de la civilización?

—Sí, señor.

—¿De qué proviene esta diferencia? ¿Depende solamente de sus aptitudes, más ó menos felices?

—Viene también de que los unos son más laboriosos que los otros.

—Eso es. Hay pueblos indolentes, blandos, perezosos, como los pueblos orientales en general; los hay también activos, enérgicos, como los americanos, los franceses, los ingleses y esta actividad industriosa es la que explica su rango y sus progresos. —Decidme, ¿qué produce la mejor tierra sin cultivo?

—No produce nada.

—Nada ó poca cosa. Y bien, pasa al hombre lo que á la tierra: si no cultiva sus facultades intelect-

tuales, si no desarrolla sus aptitudes físicas, permanece improductivo, inútil. El trabajo es pues *la condición de todo progreso* sea individual, sea nacional. ¿Los que trabajan son dignos de compasión?

—No, señor.

—No; al contrario. Ved, entre, vosotros, ¿cuáles son los más felices? ¿Son acaso los perezosos?

—No, señor.

—No; éstos están siempre descontentos de sí mismos, y nadie está contento de ellos. Al contrario, los niños laboriosos están de buen humor; tienen para ellos el testimonio de su conciencia; se hacen agradables á sus padres, á sus maestros, y la satisfacción que les dan contribuye á su propia felicidad. Muy lejos de ser una pena el trabajo, es un placer; él forma la alegría de la vida, como también el honor. Y cuando ve uno que aprovecha, que adelanta, que progresa, ¿no experimenta una verdadera satisfacción?

—Sí, señor.

—Se recoge entonces el fruto de sus esfuerzos y se toma gusto al trabajo, se aficiona uno á él, y está entonces agradecido á la felicidad que procura. ¿La suerte de las gentes ociosas es muy envidiable?

—No, señor, porque se aburren.

—*Compadezco al hombre agobiado por el peso de sus ocios*, ha dicho Voltaire; y tiene mucha razón. La ociosidad es un fardo; pero no es esto todo; es un peligro. ¿Comprendéis por qué?

—Porque cuando no se trabaja se suele uno ver tentado á hacer mal.

—Precisamente; el que trabaja está al abrigo de las tentaciones; el *trabajo es un preservativo*; quita los malos pensamientos; inspira los buenos sentimientos; da la costumbre del orden y de la regularidad; es la prenda y la condición de una buena conducta y el mejor auxiliar de la moralidad. Útil al espíritu, útil al corazón, ¿creeis que sea inútil al cuerpo?

—No, señor.

—Un trabajo regular, proporcionado á nuestras fuerzas, en relación con nuestras aptitudes, es el *mejor guardián de la salud*. ¿Se ve á los hombres laboriosos abandonarse á la embriaguez, á la corrupción, á todos los vicios que arruinan la salud?

—No, señor; los hombres laboriosos son ordinariamente sobrios y temperantes.

—¿Las gentes que han pasado la noche bebiendo, se despiertan muy dispuestas para el trabajo?

—No, señor; no tienen las fuerzas necesarias para emprender sus tareas.

—Por eso cuando se ama el trabajo, se guarda uno de los excesos que le hacen imposible ó penoso. El que emplea bien sus días, duerme con un sueño benéfico y tranquilo; cuando el día llega, se levanta, fresco, dispuesto y alegre. Los días bien empleados hacen las noches apacibles, y éstas á su vez hacen á los primeros fructuosos. ¿El que no ha trabajado encuentra muy agradable el reposo?

—No, señor; cuando está uno fatigado es cuando se reposa con gusto.

—Ya veis que son muy injustos los que consideran al trabajo como un enemigo; es al contrario nuestro bienhechor, y no nos presta sino servicios. Si se tiene fastidio, algún pesar, algún dolor, ¿sabéis cuál es el mejor medio de soportarlo?

—Sí, señor: ponerse al trabajo.

—¿Por qué?

—Porque el trabajo ocupa el espíritu.

—Bien; el que trabaja no piensa en sus males. *El trabajo es pues un remedio*, y este remedio no cuesta nada; al contrario, produce. ¿No hay muchos géneros de trabajos?

—Sí, señor, los hay para todos los gustos.....

—Y para todas las aptitudes; porque no todos los hombres son aptos para los mismos trabajos. ¿Pero no hay dos clases de trabajos principales?

—Sí, señor; el trabajo del espíritu y el trabajo del cuerpo.

—¿Creeis que hay algún trabajo físico en el cual no tome parte alguna el espíritu?

—Sí, señor, lo creo.....

—Reflexionad; ¿acaso la más humilde tarea no se puede desempeñar mal?

—Sí, señor, sin duda.

—Entonces ¿también puede estar bien hecha?

—Seguramente.

—Y si ella está bien hecha, no es porque se ha puesto allí más inteligencia, más destreza, más cuidado?

—Sí señor.

—Así, lavar la vajilla, barrer la casa, labrar piedras, y otras faenas seguramente fáciles, demandan sin embargo, cierta aplicación, cierta atención; por el modo con que están hechas, se juzga al punto si los que estaban encargados de hacerlas se han mostrado inteligentes y concienzudos. El trabajo manual no es pues por sí mismo humillante; todo depende de la manera de hacerlo. Por sencillo que sea se puede mostrar en él inteligencia; por humilde que parezca, su utilidad le eleva; por grosero que sea, la intención lo ennoblece. ¿Los trabajos más viles, los trabajos de limpieza, por ejemplo, y de salubridad no son los más útiles?

—Sí, señor, son necesarios.

—Bien; puesto que la salud pública depende de ellos, ¿cómo pues podríamos despreciar á los que desempeñan estos cargos? *No hay oficios necios*, dice el proverbio, *no hay sino gentes necias*; y los necios son los que se creen con derecho á desdeñar al hombre que gana honradamente su vida. Además, todo trabajo, cualquiera que sea, ¿no es siempre útil, primero para el que lo hace, en seguida para los otros?

—Sí, señor, puesto que se le retribuye.

—Todo trabajo merece y encuentra salario. No es pues el trabajo, cualquiera que sea, el que rebaja al hombre; es el hombre quien puede rebajarse si hace mal lo que se le ha confiado. Guardémonos, pues, de despreciar á los más humildes obreros. No estamos en el tiempo en que los trabajos manuales eran *serviles*, porque estaban desempeñados por los

esclavos ó por los siervos. En nuestros días no es el trabajo, es la ociosidad lo que envilece.

Resumen de la lección.

1. El trabajo es antes que todo una necesidad. Un padre alimenta á sus hijos mientras que no pueden ganarse su vida; pero una vez grandes, deben trabajar y bastarse á sí mismos. La caridad privada y pública vienen en auxilio de los desgraciados, de los lisiados; pero no de los *holgazanes*.

2. El trabajo hace la dignidad de la vida; nos asegura la independenciam, nos vale la estimación de nuestros semejantes, nos hace útiles y nos permite ser caritativos.

3. Es la *virtud doméstica* por excelencia, primero porque los padres deben subvenir á las necesidades de sus hijos; en seguida porque el mejor medio de educarlos bien, es darles el ejemplo del trabajo.

4. Sin él, el hombre permanece inculto; sus facultades intelectuales, sus aptitudes físicas permanecen estériles. El trabajo es la *condición del progreso*, y no solamente para los individuos, sino también para los pueblos mismos. Es él quien ha sacado á los hombres del estado salvaje y ha dado nacimiento á la civilización; por él ciertos pueblos se elevan sobre los otros, adquieren poder y reparan sus desastres.

5. No es solo una fuente de provecho, de riqueza y de poder, es la *fuentes de la verdadera felicidad*.

El hombre que trabaja está contento de sí mismo; se siente útil á sus semejantes y á sí propio; su conciencia le proporciona un testimonio de ello.

6. La ociosidad engendra el fastidio; y el fastidio es un peligro. El hombre que se fastidia busca distracciones en el juego, en los placeres, en el desorden. El que no hace nada está tentado de hacer mal. El trabajo quita los malos pensamientos; nos pone al abrigo de las tentaciones peligrosas; es el auxilio de la moralidad.

7. Cuando se tiene la costumbre y el gusto de trabajar, se huye de los excesos que comprometen la salud, se economizan las fuerzas, se consagran las noches al reposo, á fin de levantarse fresco, dispuesto y alegre. El trabajo es pues también el *guardián de la salud*.

8. Si tenemos alguna pena, si nos sucede alguna desgracia, el mejor medio de soportarla, es entregarnos al trabajo; él nos distrae y nos consuela, es el *mejor remedio contra nuestros males*.

9. No hay trabajo humillante porque todo trabajo es útil, primero al que lo hace y en seguida á los otros hombres; lo que es humillante, es permanecer en la ociosidad. No hay un trabajo por modesto que sea en que el espíritu no tome parte. La más humilde tarea puede ser hecha con inteligencia y conciencia. En otro tiempo los trabajos manuales estaban reservados á los esclavos y á los *siervos*; por esta razón se les llamaba trabajos *serviles*. Hoy que todos los hombres son libres, el tra-

bajo de las manos no tiene nada que envilezca; cualquiera que sea, la intención lo levanta, el deber lo ennoblece. No es el género de trabajo el que puede rebajar al hombre, es la manera con que se ejecuta; todo trabajo es honrado, si está bien y honestamente desempeñado.

Pensamientos, máximas y proverbios.

1. Al que nada hace, nadie le debe nada.
El que solo ve trabajar á los otros, los verá comer y no comerá.
2. Es una vergüenza pedir á los demás lo que se puede uno procurar por sí mismo.
La ociosidad degrada; el trabajo ennoblece.
3. El trabajo hace á las gentes honradas, á las familias prósperas y á los pueblos poderosos.
Educar á los niños, es darles las costumbres y el gusto por el trabajo.
4. El trabajo es bienhechor de la humanidad y padre de la civilización.
5. El trabajo acorta los días y acrece la vida.
(Diderot).
6. El que no hace nada no tarda en hacer mal.
La tierra inculta se cubre de hierbas nocivas.
7. Los días bien empleados hacen las noches apacibles.
El trabajo da reposo y salud.

8. No hay fastidio que el trabajo no disipe, no hay pena que no sepa dulcificar.

9. No hay oficios necios sino gentes necias.
Por humilde que sea un trabajo, fácilmente se percibe si ha sido hecho con inteligencia y conciencia.

DIÁLOGO 8º

LA IGNORANCIA Y LA PEREZA.

PROGRAMA—*Tened vergüenza de la ignorancia y de la pereza.*

—¿Qué diréis de un hombre que poseyendo bellas y buenas tierras las dejara sin cultivo.

—Diría yo que es negligente y perezoso. . . .

—Y que no es digno de poseer bienes de que no saca ningún partido. Y bien, si todos los hombres no tienen bellas y buenas tierras, en cambio traen al venir al mundo un fondo de otra naturaleza y de un precio inestimable; este fondo está en ellos, y no depende sino de ellos el darle valor. ¿Comprendéis de qué os quiero hablar?

—Sí, señor: del espírita.

—Eso mismo; todos tenemos facultades, inteligencia, razón, memoria; y si, por falta de cultura, dejamos estas facultades debilitarse y perderse, somos inexcusables, culpables, no merecemos llevar